

Es ya trivial decir que los atentados contra la vida y la libertad se han hecho triviales. Sólo cuando muertos o secuestros nos tocan de cerca calibramos la contundencia del golpe, del mazazo que se descarga de pronto sobre alguien a quien un ser querido le falta de súbito porque muere o desaparece. El resto de la gente permanece ajena, sin padecer en común, sin siquiera hacer algo más que enarcar las cejas en señal de mínimo asombro o exclamar una frase banal antes de volver la hoja del diario o pasar, en el noticiario televisivo, al anuncio del próximo licor.

Un breve, sumarisimo, muy incompleto recuento de sucesos negros en los últimos días nos enfrenta por un lado a ese clima de indiferencia generalizado ante la violencia; y, por otra parte, nos ilustra acerca de los extremos de verdadera insania a que se llega en la comisión de toda suerte de crímenes.

A mediados de enero, aparecieron en el río Tula, que se forma con el drenaje del Distrito Federal, trece cadáveres. Las indicaciones resultantes del examen necrópsico inducen a pensar que antes de morir, estas víctimas fueron torturadas. En Sinaloa, por cuestiones de tierras, pelean dos grupos y cuatro campesinos resultan muertos. Por causas semejantes, una banda de asesinos ultimó en Cuajimalpa a dos personas, muertas a varillazos y palos. Un invasor profesional de tierras, dispuesto a que ejidatarios en cuyo agravio ocupó parcelas en Chimalhuacán no protestaran en su contra, ordena el asesinato de cuatro de ellos. Dos aparecen a la vera de un camino, degollados.

Completan el panorama ataques a la libertad: ya se conoce el caso del profesor Ezequiel Reyes Carrillo, secuestrado del hospital de la Cruz Roja el 30 de diciembre, hace un mes; en Veracruz, el campesino Santos Hernández fue también aprehendido sin orden judicial, el 26 de diciembre.

Seres sin importancia

¡Viva la vida!

Miguel Angel Granados Chapa

Muchos otros ejemplos podrían completar este cuadro. En los anteriores, en que de una u otra manera hay causas políticas o sociales, a la gravedad de los atentados en sí mismos se agrega el efecto intimidante de las muertes o los secuestros sobre los militantes políticos o sindicales, a quienes de modo indirecto con estas y otras acciones se les pone frente a la imagen de lo que cada uno de ellos puede padecer por causas de su causa.

No sólo los militantes, la sociedad organizada, debe movilizarse en contra de esta violencia. Cuando ella se generaliza, cuando de la represión selectiva se pasa a la ampliada, ya nada hay que hacer. Hoy les toca a unos pocos. Es preciso impedir que mañana nos ocurra a todos los demás. Un modo de contribuir a este propósito es ventilar estas cuestiones, impedir que sobre los expedientes de cada caso caiga el polvo del olvido.

Pensemos, por ejemplo, en los muertos del río Tula. Se avisa, al final de esta semana, que el asunto puede quedar concluido ya. No es que se haya llegado a la solución del monstruoso caso. Al contrario. Además de su ferocidad, este múltiple crimen ha resultado perfecto. La poderosa maquinaria que lo ideó y lo perpetró ha conseguido también la impuni-

dad. Técnicamente, según los peritos, es ya imposible identificar a las personas a que corresponden los cadáveres. No pasará nada. Al transcurso del tiempo, sólo los reporteros memoriosos, cuando nostálgicos instruyan a los noveles, relatarán el empavorecedor acontecimiento.

Desde donde quiera que uno lo asedie, el asunto llena de estremecimientos. Nadie ha aparecido tratando de localizar a quienes ahora están muertos. Ello permitió construir la hipótesis de que las víctimas no son mexicanos, y que hasta pudieron ser asesinados en el extranjero y traídos sus cadáveres aquí. De lo contrario, ¿por qué nadie los busca? ¿Tan radicalmente solos vivían sus vidas estos hombres que no hay amigos o parientes que indaguen sobre su paradero? ¿O es que los deudos están paralizados por el terror, pues saben de fijo por qué y a manos de quién murieron los atormentados del río Tula?

Si las policías muestran su incompetencia, en caso de que sólo ese defecto les impida resolver este caso, hagamos que la sociedad supla esa falta. A esta hora ya debiera haberse constituido un comité parlamentario que acuciara a las autoridades para profundizar en la pesquisa. O los partidos, incluido el PRI, hubieran debido movilizar a sus militantes en torno de este asunto, hasta como lema de campaña. Pero no ha sido así.

En la raíz de esta peligrosa indiferencia está el desdén por la vida, en que hemos ido cayendo, acaso por creer que en verdad nuestras devaluadas existencias no valen nada. Es preciso combatir esa funesta inclinación. Contra el grito fúnebre del fascismo, que vitorea a la muerte, hoy más que nunca, por lo que uno encuentra sin ya esperarlo, gritemos que ¡viva la vida!